

tad tan eminente como la de sentir. No ha tenido los medios de hacer existir esta facultad en los animales imperfectos de las primeras clases del reino animal (1).»

Cuando se considera, como biólogo, los fenómenos de la actividad mental y se los compara con los fenómenos puramente vitales, se encuentra que tienen de común el punto esencial de ser una *correspondencia*. M. Herbert Spencer ha mostrado cómo la vida fisiológica consiste en la correspondencia del ser con su medio (2), cómo, en esta suma de acciones y reacciones que constituyen la vida, «hay un ajuste continuo de las relaciones internas con las externas», de suerte, que el grado de vida varía como el grado de correspondencia, siendo aquella perfecta cuando lo es ésta. Pero la vida mental es, como la del cuerpo, una correspondencia. Pensar ó conocer es tener en nosotros ciertos estados que corresponden á ciertos estados exteriores á nosotros, y esta correspondencia tiene también los grados posibles, desde el protozoo al hombre, de suerte, que el grado del conocimiento tiene por medida el de la correspondencia. Entre la vida y el pensamiento hay, pues, más diferencias de las que existen entre una correspondencia parcial y una correspondencia total, entre una correspondencia imperfectamente unificada (la vida) y una correspondencia perfectamente unificada (la conciencia), por último—y aquí está el misterio—entre una correspondencia inconsciente y una correspondencia consciente. Si pudiéramos saber cómo lo simultáneo se hace sucesivo, cómo la pluralidad se convierte en unidad, podríamos decir cómo el pensamiento sale de la vida. Esta metamorfosis es lo que se cree poder explicar por medio de la herencia. Sin querer

(1) *Philosophie zoologique*. Discurso preliminar, 7.

(2) *Principes of biology*. Por ejemplo, es necesario que haya en una planta ciertos cambios correspondientes á los de su medio (humedad, sequedad).

dar la victoria á esta doctrina, notemos, sin embargo que el pensamiento sólo es posible por medio de ciertas formas que le sirven de marco; que si estas formas están unidas á cierto estado del cerebro, como es más que probable, y este estado del cerebro es en si resultado de una evolución lenta, no es posible eludir la conclusión de que las formas del pensamiento son resultado de una evolución en la especie.

Suponiendo todo estado del espíritu, aún el más fugaz, un estado cerebral correspondiente, hay que admitir por fuerza que esas nociones de tiempo, de espacio, de causa, cualquiera que sea su naturaleza, suponen también condiciones cerebrales. Poco importa que se considere estas condiciones como estáticas ó como dinámicas, como una disposición adquirida del cerebro, ó como un proceso que se reproduce á cada instante. Siempre queda en pié que la evolución del pensamiento y aún la de sus condiciones, depende de la evolución del cerebro. Ya Gratiolet, cuyo espiritualismo jamás se ha desmentido, decía «que es evidente para él que los análisis ontológicos de los filósofos, y sobre todo esta distinción primera de las ideas de tiempo y de espacio, han estado escritas con anterioridad en las preordinaciones de la organización animal.» Admítase, además, la evolución, y el trasformismo no estará lejos de ganar el pleito.

Según esta hipótesis, habrían pasado miles de años sin que pudiera producirse el pensamiento en nuestra tierra. Ni los animales en que las propiedades fundamentales de la animalidad están difundidas en la masa del organismo (protistas, protozoos) (1), ni aquellos cuyos ganglios son casi independientes, ni aquellos en que hay un principio de unidad, han podido llegar á la conciencia: su vida psíquica debe ser un estado confuso

(1) Los primeros animales en que se produce la diferenciación del sistema nervioso son los pólipos hidrarios: se encuentran en ellos células neuro-musculares.

en que el sujeto no se distingue del objeto. Sólo en los animales superiores, y quizá únicamente en el hombre, es donde el cerebro, nacido de una evolución gradual, informado por innumerables acciones y reacciones que la herencia ha conservado y transmitido, ha podido llegar á ser instrumento del pensamiento.

El trasformismo aplica así rigurosamente al reino del pensamiento la misma hipótesis que al de la vida. En éste, de tres ó cuatro tipos primitivos, quizá de uno sólo, hace salir todas las especies. En aquél, de un corto número de actos psíquicos muy sencillos, quizá de uno sólo, hace salir la variedad infinita de los instintos, de las inteligencias, de los sentimientos y de las pasiones. Hemos tratado de hacer ver cómo se puede comprender y establecer esta hipótesis; por nuestra parte no queremos ni aceptarla ni rechazarla.

Para aceptarla, sería preciso poder comprobarla en la experiencia ó demostrarla por la lógica. La comprobación experimental consistiría en mostrar que esa hipótesis está de acuerdo con todos los hechos, que puede, en su totalidad, someterse á su comprobación, lo cual no ocurre. La demostración lógica consistiría en hacer ver que sólo esta hipótesis, con exclusión de las demás, explica los hechos, y esta demostración *ad absurdum* es imposible.

Para rechazarla, sería necesario que hubiese en ella alguna contradicción lógica que no existe. Sin embargo, se ha sostenido lo contrario. Se ha objetado que separando capa por capa las experiencias sucesivamente acumuladas, llegamos al núcleo primitivo de esta extratificación, es decir, á experiencias primeras, las cuales suponen en sí una facultad de organizar. Pero esto es hacer una petición de principio, es dar por concedido lo que está en cuestión, lo que niega el evolucionismo. Se considera como creado de una vez lo que éste considera resultante de una sucesión de formas. Se vuelve á la teoría de las estatuillas acabadas. En virtud de un

razonamiento semejante es como se sostenía que el «germen» debía parecerse, en pequeño, al adulto; pero la embriología nos ha acostumbrado á muy otras concepciones.

De nuevo, sólo la experiencia podría decidir en última instancia. Sólo queríamos hacer ver que esta hipótesis no implica ninguna contradicción; recordar que la facultad de pensar va precedida de la facultad de sentir, que no supone ninguna condición de formas.

Por otra parte, esta génesis evolutiva que el trasformismo coloca en la especie, todo el mundo la admite en el individuo. El individuo no puede pensar (en el sentido exacto de la palabra), mientras su cerebro no está desarrollado, y si el pensamiento verdadero, es decir, encerrado en sus formas constitutivas, se produce bruscamente, lo cual es dudoso, no hay razón para que lo que ocurre en el individuo no pueda, en cierto momento, haber ocurrido en la especie. Decir que los objetos de las formas constitutivas del pensamiento (tiempo, espacio, causa,) no han podido modificar el cerebro, porque no existen en la naturaleza en estado concreto, tampoco es una dificultad; porque si se los considera con Leibnitz como relaciones, es bastante natural admitir que el cerebro puede ser modificado no solo por las cosas, sino por las relaciones entre las cosas.

Descendiendo de esta región trascendente á un terreno más humilde, el del vulgar sentido común, puede uno preguntarse si el conjunto de las nociones designadas con este nombre, si el conocimiento elemental de las cosas materiales y espirituales, la filosofía á lo Benjamín Franklin, (1) que todo el mundo posee (salvo el idiota y el imbécil,) no se deriva en gran parte de la herencia. Todos los viajeros comparan á las razas inferiores con los niños, por la violencia y movilidad de sus deseos y por la debilidad de su razón. La humanidad

(1) Bagehot, *op. cit.*, p. 124.

no ha podido salir de ese estado sino poco á poco. No es dudoso que hoy día una gran parte de esas nociones provienen de la educación; pero si tan fácilmente se implantan, es porque encuentran el cerebro preparado. Puesto en un medio civilizado, el salvaje puede contraer esos hábitos intelectuales; pero si se le vuelve á entregar á sí mismo, ni los conserva, ni los trasmite. El terreno no era apropiado para un cultivo bastante largo. En esta humanidad primitiva, un hombre dotado de ese sentido común tan corriente, hubiese parecido provisto de la sabiduría de un dios.

IV.

Acabamos de ver cómo, según ciertas hipótesis, la herencia sería parte á *crear* la inteligencia; nos queda ver ahora cómo contribuye á *desarrollarla*. Tomaremos aquí la palabra «inteligencia» en su sentido á la vez vulgar y filosófico, es decir, como esa facultad de juzgar, de razonar, de abstraer, que se llama en la práctica prudencia, buen sentido, tacto, agudeza, talento, penetración; en el arte, inventiva y gusto; en la ciencia, facultad de descubrir, de generalizar, de apoderarse de las relaciones. Habiendo establecido en otra parte la realidad de la herencia con hechos numerosos, tomados de la psicología normal ó morbosa y de la historia, la admitiremos aquí á título de ley empírica é investigaremos sus consecuencias.

Si se considera la herencia en condiciones puramente ideales, nada más sencillo que determinar sus consecuencias; fija y conserva los modos de la inteligencia ya producidos. Así, cierta variedad intelectual, el *humor*, por ejemplo, nace en un individuo, ya por variedad espontánea, ya por ese concurso fortuito de causas que algunos autores han llamado innatismo; la herencia, si obrase sola, transmitiría esta modificación mental á todas las generaciones siguientes sin interrup-

ción. Pero hemos visto que tiene que luchar contra obstáculos de todas clases que tienden sin cesar á debilitarla y hasta anularla. Sin embargo, si en lugar de considerar casos aislados, en que la herencia parece faltar, comparamos gran número de casos; si nos referimos á lo que se ha llamado la ley de los grandes números, la excepción desaparece, lo accidental se borra, y la ley, es decir, el carácter esencial, recobra la primera fila. Así es como la herencia contribuye á formar el carácter nacional. Puede muy bien cierta conformación de espíritu no perpetuarse en una familia; pero si es común á una tribu, á un pueblo, á una raza, se puede afirmar que ha de perpetuarse. Hemos visto cómo, en el fondo, se parece el espíritu francés al espíritu galo descrito por Estrabon, Diodoro de Sicilia y los historiadores antiguos. Así, pues, en la formación y conservación del carácter propio de una familia ó de un pueblo, la herencia es un factor muy importante. Sin insistir aquí en este hecho, que más que una consecuencia es la ley misma en su forma más completa, examinaremos otro punto más curioso, menos conocido, más difícil de establecer, pero que, desde el punto de vista intelectual, constituye una consecuencia importante de la herencia. Puede enunciarse así, en su forma ideal, es decir, sin tener en cuenta las excepciones. La herencia, obrando por acumulación, aumenta la inteligencia en cada generación y la hace de este modo capaz de nuevos desarrollos.

Esto es lo que vamos á tratar de demostrar.

Indiquemos primeramente las bases fisiológicas del hecho que nos ocupa. Es un hecho muy conocido que todo órgano se desarrolla por el ejercicio: los músculos de los brazos en el herrero, los de las piernas en el gran andarín. El órgano produce la función; pero ésta, á su vez, reobra sobre el órgano y lo desarrolla. ¿Ocurre lo mismo con el cerebro? ¿Crece éste con el ejercicio? No se puede dudar.—Broca, apoyándose en diversas in-

vestigaciones, afirma que la capacidad del cráneo, y por consiguiente, el volumen del cerebro, corresponde con el grado de inteligencia de las diferentes razas: los más voluminosos se encuentran en la raza blanca, enseguida en la raza caucásica, después en el negro de Africa; el negro australiano ocupa el último lugar.— Los anatómicos, que han disecado cerebros de muchas personas, acostumbradas durante muchos años al trabajo intelectual, han encontrado en todos la sustancia cerebral muy sólida, la sustancia gris y las circunvoluciones muy desarrolladas. El crecimiento de la masa cerebral, dicen, se explica en parte por la diferencia que existe entre la de las gentes cultas y la de las incultas, y en parte por el aumento de cerebro que resulta de los progresos de la civilización en Europa, aumento que se acumula, gracias á la herencia, lo bastante para ser advertido. Se ve, en efecto, que en las clases instruídas, la capacidad de la cabeza es, en general, grande, y que ocurre lo contrario en las clases poco instruídas. Por último, y esto toca directamente á nuestro asunto, las excavaciones hechas en los cementerios, tiende á demostrar que desde la Edad Media el volumen de los cráneos ha aumentado. Según las investigaciones de Broca y otros antropólogos, la capacidad craneana es, por término medio, en los australianos, de 1.224 centímetros cúbicos; en los parisienses de la Edad Media (siglo XII), de 1.409; en los parisienses contemporáneos, de 1.558 (hombres), y de 1.337 (mujeres); en uno de estos llegaba á 1.900 (1).

(1) *Mémoire de la Société d'anthrop.*, t. II, 2.^a serie, 1873. Topinard, *L'anthropologie*, p. 246 y siguientes. Broca resume así el resultado de sus medidas: 1.^o La capacidad craneana de los parisienses modernos es superior en 35 cm.³ á la de sus predecesores del siglo XII. 2.^o Entre los parisienses de una misma época, la educación puede crear una diferencia de 80 cm.³ á favor de los instruídos. (Colección citada, t. I, 1871, p. 355.)— Algunos médicos han señalado, como hecho correlativo con el crecimiento cerebral, y á consecuencia del tamaño de la cabeza, la dificultad del parto en las razas perfeccionadas.

Gall y sus discípulos, Augusto Comte y muchos naturalistas, admitían ya que las facultades mentales aumentan, porque son capaces de trasmisión. La conclusión parece lógica. La inteligencia tiene por condición, por órgano principal, el cerebro: el cerebro crece con el ejercicio; este crecimiento es trasmisible por herencia. Parece bastante natural concluir de esto que toda modificación, toda mejora en el órgano, trae consigo una modificación, una mejora en la función, y que, por consiguiente, el progreso del cerebro trae consigo el de la inteligencia.

Sin embargo, este hecho importante de que es posible el progreso de la inteligencia, no sólo en el individuo, sino en la raza; de que la herencia trasmite y acumula las pequeñas modificaciones, queríamos tratar de establecerlo de una manera directa, con razones psicológicas, y no recurriendo á la fisiología, como acabamos de hacerlo. Esto es muy difícil, y no podemos por menos de proceder por tanteos.

Procuraremos, en primer término, comprender en qué condiciones tiene lugar el progreso de la inteligencia en el individuo. Se verifica por una evolución gradual. El espíritu es capaz de apoderarse primero de los hechos pequeños; en seguida de los más complejos; después de las relaciones más sencillas; luego de las relaciones cada vez más complicadas. Cada momento, en este progreso, tiene su condición en un progreso anterior que debe estar ya realizado y hace posible el que le sigue. La inteligencia puede compararse con un edificio en el que cada hilada debe asentarse sólidamente para recibir la siguiente; ó si, con algunos filósofos contemporáneos, se asimila el acto del conocimiento á una correspondencia entre los estados internos del sujeto y los externos del objeto, se dirá que es necesario que el espíritu corresponda, al principio, á relaciones muy sencillas, para elevarse desde ellas á relaciones muy complejas.

Esta verdad, incontestable en teoría, se olvida muchas veces en la práctica. Sin duda, cuando se trata de cuestiones bien encadenadas, como ocurre en las matemáticas, es imposible que la inteligencia no siga esta marcha natural; pero en el dominio de las ciencias sociales y políticas, nada más común que las gentes que empiezan por el fin. De aquí tantas teorías vanas y doctrinas erróneas, pues el espíritu no puede comprender lo complejo mientras no ha cogido lo simple. Porque es una ilusión creer que basta colocar un espíritu bien dotado, inteligente, ante tales ó cuales hechos, para que al momento los comprenda. Mil ejemplos prueban lo contrario. Haced leer la historia griega ó romana á espíritus abiertos, pero de una cultura insuficiente, y quedaréis estupefactos, confundidos ante sus contrasentidos. La Edad Media abunda en errores de esta clase, cuando quiere pintar otro mundo que el que conoce. Véase cómo están disfrazados la guerra de Troya, César, Alejandro, en los poemas caballerescos ó en los ingenuos cuadros del siglo XV (1). El ejemplo de los salvajes lo prueba todavía mejor. Un habitante de Nueva Zelanda, inteligente, curioso, relacionado con las principales familias del país, siguió á Londres á un viajero inglés para instruirse; pero falto del suficiente desarrollo del espíritu, no comprendía nada de nuestra civilización europea, y lo interpretaba todo según sus ideas de salvaje. Así, cuando veía pasar á un lord opulento, decía: «Ese hombre tiene mucha comida (2)», sin poder comprender de otro modo la riqueza.

Cierto que es necesario que el espíritu esté conformado por la cultura anterior para abordar las cuestiones complejas; pero esto puede decirse tanto de la es-

(1) Véanse, por ejemplo, las aventuras de Teseo y Ariadna, ó cualquiera otro de la mitología griega, con caballeros, pajes, iglesias, casas góticas, calles estrechas, almenas, etc.

(2) Savage, en *Dumont d'Urville*, t. III, documentos justificantes. Se encontrarán en él otros muchos hechos curiosos.

pecie como del individuo. En éste, todo progreso de la inteligencia, fijado por la herencia, se convierte en base y condición para un nuevo progreso; en la especie todo progreso de la inteligencia, fijado hereditariamente, se convierte en base y condición para un nuevo progreso. *La herencia desempeña en la especie próximamente el mismo papel que la memoria en el individuo.*

Si se encuentra en nuestra historia literaria alguna semejanza muy inesperada, por ejemplo, entre los escritores del siglo VI y los del XVIII, entre Gregorio de Tours, Fredegario, etc., y Voltaire, Diderot, toda la Enciclopedia, ó bien entre la corte de Carlo Magno y nuestro movimiento romántico del siglo XIX, el desacuerdo es tan completo y el contraste tan grande, que la semejanza no parece más que una rareza. Existe, entre la forma intelectual de las dos épocas comparadas, una diferencia inmensa. ¿De dónde proviene? Se responde: del progreso, de la civilización. Se demuestra, con documentos en la mano, cómo el espíritu francés, después de muchos tanteos, de esfuerzos y desfallecimientos, llega á su apogeo. Pero este progreso se explica enteramente por *causas exteriores*: influjo de creencias cristianas, cruzadas, descubrimientos, cultura griega y latina, renacimiento, etc., etc. Ahora bien, en nuestra opinión, hay también una *causa interior* de la cual no se dice nada, á saber: la transformación lenta de la inteligencia, debida á la herencia. La constitución media del espíritu francés en los siglos VI y IX, no le hacen capaz más que de un cierto grado de cultura: más allá de esto no comprendía nada, lo desfiguraba todo al modo de un salvaje zelandés. Pero esta constitución media, mejorada por la cultura es legada á la generación siguiente, interés y capital, por ésta á la otra, y así durante diez ó doce siglos.

Esto no es una hipótesis, aunque sea muy difícil demostrarlo claramente. No obstante, si abrimos la *Collection des historiens de Gaule et de France*, y, hojean-

do las crónicas y memorias de la Edad Media, descuidamos lo que más que nada ha preocupado á los historiadores, la narración de batallas, los sitios, la toma de reductos, las alianzas y los tratados de paz, y nos detenemos en lo que han considerado á menudo como indiferente para la historia, es decir, en las anécdotas, los milagros, los sueños que dan el pequeño detalle preciso, exacto, individual, nos parece imposible no llegar á esta conclusión: el estado de la inteligencia no era el mismo entonces que el de hoy, y las diferencias entre las dos épocas son *constitutivas, orgánicas*. ¿Cuáles son estas diferencias? Solamente un espíritu claro, lleno de conocimientos médicos y de penetración psicológica suficiente, podría anotarlas con exactitud. Se resumirán groseramente si se dice que la Edad Media ha *sentido* y que el siglo XVIII ha *pensado*; que en la una ha predominado la parte afectiva del ser, y en el otro la parte razonadora; que una cabeza de la Edad Media estaba llena de sensaciones y de imágenes, y que una cabeza del siglo XVIII estaba llena de abstracciones y de ideas.

Ciertamente ninguna época ha vivido más largamente que la Edad Media en el dominio de la imaginación, del sentimiento y del sueño. El arte gótico, la caballería, Dante y las grandes escuelas místicas (1) ofrecen pruebas abundantísimas. Fuera de algunos espíritus superiores á lo ordinario y de algunos escolásticos áridos, esta edad no hace más que sentir. El medio ayudaba también: guerras continuas, batallas, sitios y saqueos, luchas y emociones violentas de todas clases. La sensibilidad sin cesar excitada y avivada llegó á ser preponderante, como un órgano nutrido con exceso. De aquí una consecuencia curiosa, la de que este desenvolvimiento excesivo de la sensibilidad ha encade-

(1) La escuela de San Víctor, San Bernardo, Gerson, etc., y los grandes místicos alemanes del siglo XIV; Eckardt, Tauler y Henri Suso. Recuérdese también la vida tan novelcesca y tan loca de Raimundo Lulio.

nado el de la inteligencia. En este torbellino febril de emociones y de imágenes, el juicio claro y recto no aparece más que á hurtadillas. Estas eran almas de niños en cuerpos de hombres. Mientras que nosotros nos encontramos desde la infancia en un medio científico, de razonamiento, de métodos, de explicaciones racionales, que desenvuelven en gran modo el espíritu, ellos vivían á merced de sus pasiones violentas, lanzados de un polo del pensamiento al otro, de la orgía al éxtasis, por medio de conversiones bruscas como una explosión de pólvora. Como ellos sentían mucho y pensaban poco, viejos ya, no sabían nada todavía, mientras que muy jóvenes nosotros sabemos ya mucho. Ellos morían jóvenes, así como nosotros nacemos viejos.

De aquí, en sus cronistas, esas narraciones de milagros, de prodigios, de apariciones y de ensueños que desfilan sin tregua ni fin, ya conmovedoras y poéticas, ya extravagantes y pueriles. Viven contentos en ese mundo imaginario: un prodigio les parece muy sencillo, una aparición lo más natural; el milagro para ellos es lo ordinario. Los cuentan sencillamente, sin sombra de duda, como un sitio ó una batalla. El universo, que es para nosotros un mecanismo infinitamente complicado, regido por leyes fijas en sus menores detalles, era para ellos una escena maravillosa, donde personajes misteriosos movían las decoraciones. Ahora bien, si apurando más y más todos estos hechos, tratamos de referirlos su causa, es decir, al estado habitual del alma humana que los ha producido, encontraremos, sin grandes esfuerzos, esto que caracteriza á la Edad Media, á saber: la *imaginación viva*, la visión intensa. Ahora bien, la psicología experimental nos enseña, á no dudar, que entre la imaginación viva y la alucinación no hay más que una diferencia de grado; tanto, que todo gran artista, todo *vidente*, es un poco alucinado. Por consecuencia, nos vemos llevados á afirmar que la Edad Media ha estado siempre en los

límites de la alucinación, cuando no los ha traspasado. Se encuentran todavía, en muchas de estas narraciones, la opresión de la pesadilla y las visiones dolorosas que les han asaltado; pues muy á menudo la visión es triste, aunque de ordinario tan clara en sus contornos, tan precisa en los detalles, que se siente que ha sido *vista* (1).

(1) Las narraciones maravillosas abundan en casi todas las crónicas. Citemos principalmente á Gregorio de Tours, Frodoard, Matthieu de Westminster, Raoul Glaber, Guibert de Nogent en su *Vida*. Estos dos últimos, sobre todo, son de una lectura curiosa, desde el punto de vista que nos ocupa. ¿Dónde encontrar mejor el carácter de la alucinación que en las dos narraciones siguientes, escogidas entre veinte semejantes? :

«Yo vi una noche, antes de los maitines, aparecer delante de mí, al pie de mi lecho, un monstruo pequeño y horrible, que tenía figura humana. Me pareció que era de mediana talla, un cuello delgado, una figura delgada, los ojos muy negros, la frente estrecha y arrugada, la nariz chata, la boca grande, los labios hinchados, la barba corta y afilada, una patilla de macho cabrío, las orejas rectas y puntiagudas, los cabellos rígidos y sucios, los dientes de perro, el occipucio agudo, el pecho protuberante, una joroba en la espalda, las caderas colgantes, los vestidos extravagantes. ... Cogió un lado de la cama en que yo estaba acostado, lo sacudió completamente con una violencia terrible, y se puso á decir: «No estarás tú por mucho tiempo aquí.» Al momento me desperté sobresaltado....; salto fuera de la cama, corro al monasterio, me prosterno al pie del altar, y permanezco largo tiempo tendido, helado de miedo.»

(R. Glaber, lib. V, cap. I.)

Volvió este mismo diablo dos ó tres veces más.

¿No se encuentra todo el horror de la pesadilla en la narración siguiente de Guibert de Nogent? :

«Cierta noche, que me habían despertado mis angustias, era creo que en invierno, permanecía en mi lecho y creía estar más en seguro, por la proximidad de una lámpara, que esparcía una viva claridad; hé aquí que de golpe, en medio del profundo silencio de la noche, creí oír, no lejos de mí, un gran número de voces que venían de lo alto.... En el mismo instante mi cabeza se debilitó, como en un estado de ensueño, perdí el uso de mis sentidos, y creí ver aparecer un cierto muerto, del cual decía otro á grandes gritos que había sido muerto en el baño. Espantado de esta imagen, me lancé fuera de mi sitio dando un grito; vi mi lámpara apagada, y, á través de espantosas sombras, al demonio, bajo la forma que le es propia, de pie y cerca del muerto.»

(Guibert de Nogent, I. 15.)

Hémos aquí, después de un largo rodeo, en estado de resolver la cuestión planteada, y sacar la consecuencia. Si se admite—lo cual no es apenas discutible—que á todo estado mental habitual corresponde un estado habitual del cerebro, será menester deducir que, al estado de semi-alucinación de la Edad Media, ha debido corresponder un cierto estado del cerebro, y al espíritu claro del siglo XVIII otro estado diferente. ¿Cómo se ha operado la transición? Por un progreso lento, lo cual quiere decir que, la educación y la cultura, han producido en el espíritu y en el cerebro modificaciones muy pequeñas, pero estables, y las ha legado la herencia, conservadas y acumuladas. Así se ha formado una constitución media de la inteligencia más y más apta para concebir ideas abstractas, y por consecuencia, cada vez menos apta á pensar por visiones y por imágenes.

Se ha notado á menudo que en las razas inferiores, los niños que se envían á las escuelas, á los cuales se trata de instruir, muestran al principio una facilidad sorprendente, pero que se detiene de pronto. Así los habitantes de las islas Sandwich tienen una memoria excelente, aprenden de memoria con una rapidez maravillosa, pero no pueden ejercitar sus facultades pensantes. «En la infancia, dice Samuel Baker, el negro joven está más adelantado que el blanco de la misma edad; pero su espíritu no da el fruto que prometía.»—En Nueva Zelanda, dice el viajero Thompson, los niños de diez años son más inteligentes que los niños ingleses; pero muy pocos de los neo-zelandeses podrían recibir en sus facultades superiores una cultura igual á la que reciben los ingleses.» Una de las razones que se dan en los Estados Unidos para no instruir á los niños blancos con los niños negros, es la que después de una cierta edad no se corresponden los progresos, pues la inteligencia del negro parece incapaz de pasar de un cierto grado.—Si estos hechos no corresponden á un defecto incurable de la naturaleza, es necesario ver